

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACIÓN DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Nº 502
18 de mayo de
1955

ESMERALDA 116
T. E. 33-0063
BUENOS AIRES

REGISTRO NACIONAL
DE LA PROPIEDAD IN-
TELLECTUAL Nº 461.864

SUMARIO

PÁGS.

El caso del señor Valdemar
E. Allan Poe 56

El astro *H. G. Wells* 62

El señor Lupescu
Anthony Boucher 70

La sombra y el destello
Jack London 74

Demasiado barato
Richard Matheson 84

El fantástico porvenir de
Africa *Anton Zischka* 4

¡Cuidado con la revolución de
las "máquinas pensantes"!
Mario Gallardo 12

Biografía de la música
Edmundo Drayton 16

La canasta tiene ya quince abri-
les *Enrique Astibia* 28

La vida breve . *Silvestre Otazú* 31

El Aga Khan: hombre-puente
entre Oriente y Occidente
Phylax 44

Actualidades gráficas 46

Pequeñeces 48

La gran tregua . . *Serge Golon* 50

Un estremecimiento, por favor...
(En torno al cuento fantástico
y de suspenso) . . *R. J. Walsh* 55

¿Sabía usted? 93

Aquí le contestamos 97

Ferdinando *Mik* 98

Colaboraron en este número:
*Lisa, Raúl Valencia, Oscar Pa-
lacios, Mik.*

En el próximo número de LEOPLÁN:

Una emocionante novela del famoso
escritor James M. Cain:

GALATEA

Un apasionado afecto había nacido
entre ellos, pero el delito se inter-
ponía como un abismo abierto entre
sus corazones

★

HE LOGRADO SOBREVIVIR DE UN MAL INCURABLE

La fe y el temple moral de una joven
contribuyeron al triunfo de la vida,
puesta en manos de la ciencia

★

BOMBA A, BOMBA H, BOMBA U.

¡Ahora sabemos toda la verdad!

★

LA VIDA SECRETA DE REGINALD LEE

Como el caso de Burgess y Maclean,
un misterio insoluble rodeó la des-
aparición de este diplomático inglés

★

"PELUDO", UN OSO LECTOR

Otro emocionante capítulo de la serie
de Serge Golon: "El alma de los
animales salvajes".

★

VEINTICINCO MILLONES DE DOLARES ENGANCHADOS EN UN TREN DE JUGUETE

Lo que comenzó como un simple pasa-
tiempo se convirtió en una fabulosa
empresa comercial.

★

Y, como siempre, curiosas notas grá-
ficas, amenas secciones y artículos
de interés general.

★

LEOPLÁN aparece el 1º de junio.
¡Adquiéralo antes de que se agote!

El caso del señor

VALDEMAR

Por Edgar Allan Poe

Ilustraciones de Raúl Valencia

CLARO es que no pretendo sorprenderme de que el caso extraordinario de Ernesto Valdemar haya dado lugar a discusiones. Hubiera sido un milagro que así no hubiese ocurrido, especialmente dadas las circunstancias. Debido al deseo de todas las personas interesadas, de no dar publicidad al asunto, al menos por el presente o hasta que hubiésemos tenido oportunidad de hacer nuevas investigaciones, empezó a abrirse camino entre la gente una versión torcida o exagerada, que llegó a ser origen de muchas falsedades desagradables; y, muy naturalmente, de harta incredulidad.

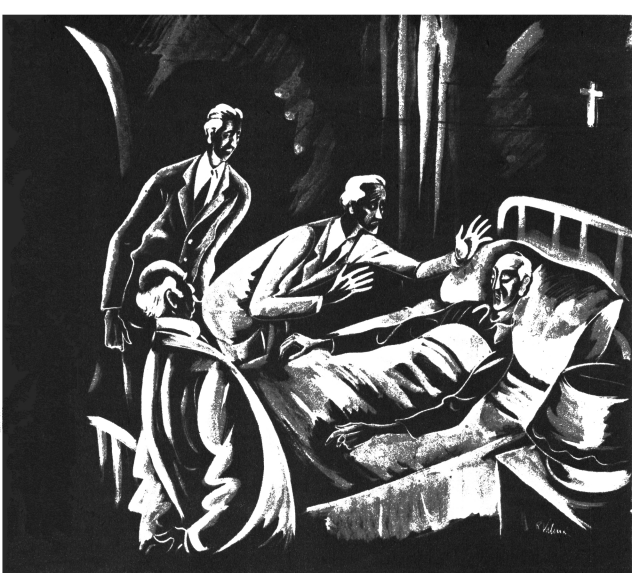
Ahora se hace necesario que dé cuenta de los hechos..., hasta dónde yo mismo alcanzo a comprenderlos. Son sucintamente los siguientes:

Durante los últimos tres años me he interesado especialísimamente por el asunto del hipnotismo. Y hace unos nueve meses se me ocurrió pensar, de repente, que en la serie de experimentos hechos hasta entonces había una omisión muy notable y muy inexplicable: no se había hipnotizado a nadie *in articulo mortis*. Y quedaba por ver, primero, si en tal condición existía en el paciente alguna susceptibilidad a la influencia magnética; en segundo lugar, si, en caso de existir, la condición del enfermo menoscababa o aumentaba tal susceptibilidad; y en tercero, hasta qué punto y durante cuánto tiempo la intrusión de la muerte podría detenerse mediante el proceso hipnótico. Había otros puntos que investigar, pero estos tres eran los que más excitaban mi curiosidad: el último especialmente, por el carácter extraordinariamente importante de sus consecuencias.

Buscando un sujeto merced al cual poder probar estos particulares, vine a pensar en mi amigo, Ernesto Valdemar, el bien conocido compilador de la "Biblioteca Forense" y autor (bajo el seudónimo de Issachar Marx) de las versiones en lengua polaca de "Wallenstein" y "Gargantúa". El señor Valde-

mar, que desde el año 1839 residió principalmente en Harlem, Nueva York, es (o era) particularmente notable por la extrema pequeñez de su persona. Y también por la blancura de su barba, que contrastaba violentamente con lo negro de sus cabellos, por lo cual estos últimos generalmente se tomaban erróneamente por una peluca. Su temperamento era extraordinariamente nervioso, lo cual le hacía muy buen sujeto para experimentos hipnóticos. En dos o tres ocasiones lo había dormido con poca dificultad, pero me había llevado una desilusión en otros resultados que su disposición peculiar me había inclinado a anticipar. Su voluntad no se sometió nunca positiva o completamente a mi dominio, y respecto a clarividencia nunca obtuve con él cosa digna de crédito. Siempre atribuí mi fracaso en estos puntos al estado precario de su salud. Ya unos meses antes de conocerlo yo, los médicos le habían declarado indudablemente tísico. Y, en verdad, acostumbra a hablar tranquilamente de su próxima disolución como de cosa que no podía ni evitarse ni lamentarse.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas a que he aludido, era por lo tanto naturalísimo que pensase en el señor Valdemar. Estaba lo suficientemente al tanto de la serena filosofía de aquel hombre, para temer vacilaciones por su parte. No tenía parientes en América que pudiesen mezclarse en el asunto. Le hablé francamente, y con gran sorpresa mía el proyecto pareció excitar en él vivísimo interés. Digo con sorpresa mía, porque aunque siempre había prestado dócilmente su persona a mis experimentos, nunca había dado muestra alguna de simpatía hacia lo que estaba haciendo. Su enfermedad era del carácter que admite cálculo exacto respecto a la época de su terminación en la muerte; y al fin convinimos en que me enviaría a buscar unas veinticuatro horas antes del período anunciado por sus médicos para la defunción.



Hace ahora poco más de siete meses recibí, escrita de mano del señor Valdemar, la siguiente nota:

"Mi querido P...

Puede usted venir ya. D... y F... están de acuerdo en que no puedo tirar más que hasta mañana a medianoche; y me parece que han acertado muy bien en cuestión de tiempo.

Valdemar."

Recibí la nota media hora después de escrita, y a los quince minutos estaba en la habitación del moribundo. No lo veía desde hacía diez días, y me espantó la tremenda alteración que en el breve intervalo se había producido. Tenía el rostro color de plomo; los ojos habían perdido el brillo, y su demarcación llegaba a tal extremo, que los huesos de los pómulos habían perforado la piel. La expectoración era excesiva. El pulso apenas perceptible. Conservaba, sin embargo, por modo no-

table, su fuerza mental y cierto grado de fuerza física. Hablaba distintamente, tomaba algunos calmantes por su propia mano, sin que nadie le ayudase, y cuando entré en la habitación, estaba haciendo anotaciones con lápiz en un cuadernito. Estaba sentado en la cama sostenido por almohadas. Los doctores D... y F... le atendían.

Después de estrechar la mano a Valdemar, llevé a un lado a los médicos y conseguí que me dieran cuenta detallada del estado del paciente. El pulmón izquierdo estaba desde hacía ya dieciocho meses en estado semi-óseo o cartilaginoso y era por tanto completamente inútil para todo propósito vital. El derecho, en su parte superior, también estaba parcial, si no completamente osificado, y la región inferior era una mera masa de tubérculos purulentos enredados unos en otros. Existían varias extensas perforaciones; y,

en un punto, se había presentado una permanente adhesión a las costillas. Estos fenómenos en el lóbulo derecho eran comparativamente recientes. La osificación había procedido con desusada rapidez; hasta tres días antes no se había observado adhesión alguna. Independientemente de la tisis, se sospechaba que el enfermo padeciese un aneurisma de la aorta; mas, en este punto, los síntomas óseos hacían imposible un diagnóstico exacto. En opinión de ambos médicos, el señor Valdemar moriría hacia la medianoche del día siguiente (domingo). Eran las siete de la tarde del sábado.

Al separarse del lecho del enfermo para hablar conmigo, los doctores D... y F... se despidieron definitivamente. No habían tenido intención de volver; pero, a petición mía, consintieron en volver a visitar al paciente hacia las diez de la siguiente noche.

Cuando se hubieron marchado, hablé francamente con el señor Valdemar sobre el asunto de su próxima disolución, y más particularmente sobre el experimento propuesto. Repitió que estaba completamente dispuesto y hasta impaciente por llevarlo a cabo, y me rogó que empezásemos inmediatamente. Estaban atendiéndole un enfermero y una enfermera; pero no me sentí autorizado para emprender tarea de tal índole sin algún testigo más de fiar, en caso de ocurrir algún accidente repentino. Por lo tanto retrasé las operaciones hasta las ocho de la noche siguiente aproximadamente, cuando la llegada de un estudiante de medicina, a quien conocía algo (el señor Teodoro L... L.), me sacó del apuro. En un principio había pensado esperar hasta que llegasen los médicos; pero me decidí a empezar, primero, por los urgentes ruegos del señor Valdemar, y, segundo, por mi convicción personal de que no había momento que perder, porque evidentemente se iba a toda prisa.

El señor Teodoro L... L., amablemente, accedió a mi deseo de que tomase notas de cuanto fuese ocurriendo. Y de su memorándum saco en su mayor parte lo que ahora voy relatando, o bien resumiéndolo, o bien trasladándolo literalmente.

Faltaban unos cinco minutos para las ocho cuando, tomando la mano del paciente, le pedí que manifestase lo más claramente posible al señor L... L. su voluntad firme de que hiciera yo el experimento de hipnotizarlo en su presente condición.

Respondió con voz débil, pero que se oía perfectamente; "Sí, deseo ser hip-

notizado —añadiendo inmediatamente después—: Temo que se haya retrasado usted demasiado".

Mientras así hablaba, comencé los pases que me habían dado mejor resultado en otras ocasiones para dormirle. Evidentemente, sintió la influencia del primer pase lateral de mi mano a través de su frente; pero aunque empleé toda mi fuerza, no conseguí ningún efecto ulterior hasta algunos minutos después de la diez, cuando llegaron los doctores D... y F... de acuerdo con la cita. Les expliqué en pocas palabras lo que me proponía, y no opusieron objeción ninguna, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía. Procedí sin vacilación, cambiando sin embargo los pases laterales por otros de arriba abajo, y dirigiendo la mirada exclusivamente al ojo izquierdo del enfermo.

Ya entonces el pulso era imperceptible y la respiración estertórea, con intervalos de medio minuto.

Tal estado continuó sin alteración durante un cuarto de hora. Pasado este período, sin embargo, un suspiro natural pero muy profundo se escapó del pecho del moribundo, y el estertor cesó; es decir, dejó de ser aparente. Los intervalos de la respiración no disminuyeron. Las extremidades del paciente estaban frías como el hielo.

A las once menos cinco noté señales inequívocas de la influencia hipnótica. Los ojos vidriosos cambiaron su girar en aquella expresión de inquieto examen interior que sólo se observa en casos de sueño hipnótico y que es casi inconfundible. Con unos cuantos pases laterales rápidos hice temblar los párpados como en el sueño incipiente, y con unos pocos más le obligué a cerrarlos por completo. No estaba satisfecho con sólo esto, sino que continué las manipulaciones enérgicamente, y con la mayor fuerza de voluntad, hasta que conseguí que los miembros del durmiente se pusieran completamente rígidos después de haberlos colocado en posición al parecer cómoda. Las piernas completamente estiradas; los brazos, casi completamente, descansando sobre el lecho y a moderada distancia de los costados. La cabeza muy ligeramente levantada.

Conseguido esto, era ya medianoche, rogué a los caballeros presentes que examinasen el estado del señor Valdemar. La curiosidad de ambos médicos estaba altamente excitada. El doctor D... decidió inmediatamente permanecer toda la noche con el enfermo, mientras el doctor F... se marchó, pro-

metiendo volver al romper el día. Teodoro L...L. y los enfermeros se quedaron.

Dejamos completamente en paz al señor Valdemar hasta las tres de la mañana; a esa hora me acerqué a él y le encontré en la misma situación exacta que cuando se marchara el doctor F...; es decir, estaba en la misma postura: el pulso era imperceptible; la respiración suave (apenas se notaba, a no ser aplicándole un espejo a los labios); los ojos estaban cerrados con naturalidad, y los miembros rígidos y fríos como el mármol. Sin embargo, la apariencia general no era en modo alguno la de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar hice una especie de esfuerzo medio para inducir a su brazo derecho a que siguiese

el movimiento del mío, dándole pases con este último suavemente de arriba abajo sobre el cuerpo. En tales experimentos con este paciente, nunca había logrado resultados perfectos, y seguramente abrigaba muy poca esperanza de lograrlos entonces. Pero, con asombro mío, su brazo siguió inmediata aunque débilmente cuantas direcciones le señalaba con el mío. Determiné arriesgar unas cuantas palabras de conversación.

—Señor Valdemar —dije—, ¿está usted dormido?

No oí su respuesta, pero percibí un temblor en sus labios, y me decidí a repetir la pregunta una vez y otra. A la tercera, todo su cuerpo se agitó en un temblor leve; los párpados se abrieron hasta dejar ver una línea

blanca del globo del ojo; los labios se movieron lentamente, y de entre ellos, en un murmullo apenas perceptible, salieron las palabras:

—Sí; dormido ahora. No me desesperéis. ¡Dejadme morir así!

Toqué los miembros y los encontré tan rígidos como antes. El brazo derecho, sin embargo, obedeció, como anteriormente, a la dirección de mi mano. Volví a preguntar al durmiente:

—¿Siente usted aún dolor en el pecho?

La respuesta ahora fué inmediata, pero aun menos perceptible que antes:

—Dolor, no... ¡Estoy muriéndome!

No me pareció aconsejable molestarle más precisamente entonces, y nadie volvió a decir nada hasta que volvió el doctor F... un poco antes del amanecer. Manifestó ilimitado asombro al encontrar aún vivo al paciente. Después de tomarle el pulso y de aplicarle el espejo a los labios, me pidió que volviese a hablar al durmiente. Y así lo hice, diciendo:

—Señor Valdemar, ¿sigue usted dormido?

Como antes, pasaron algunos minutos antes de que respondiese; y durante el intervalo el moribundo parecía estar recogiendo energías para hablar. A la cuarta repetición de mi pregunta, dijo muy débil, casi imperceptiblemente:

—Sí, todavía duermo... muriéndome.

Entonces los médicos opinaron, o mejor dicho, manifestaron el deseo de que era preciso no molestar más al señor Valdemar, sino dejarle permanecer en su situación al parecer tranquila hasta que sobreviniera la muerte, lo cual, en opinión de todos, tendría lugar dentro de algunos minutos. Sin embargo, decidí hablarle una sola vez más, y sencillamente, repetí mi anterior pregunta.

Mientras yo hablaba, sobrevino un cambio notable en el aspecto del durmiente-despierto. Los ojos se abrieron del todo, pero las pupilas desaparecieron hacia arriba; la piel tomó un tono cadavérico que más que al pergamino se parecía al papel blanco; y las manchas circulares de la fiebre, que hasta entonces estaban claramente definidas en el centro de cada mejilla, desaparecieron de golpe. Empleo esta expresión porque la rapidez de su desaparición me recordó el apagarse súbito de la luz de una vela cuando se sopla. El labio superior, al mismo tiempo, se retiró dejando al descubierto los dientes que antes tapara por completo; mientras la mandíbula inferior cayó en una sacudida perceptible no sólo a la vista, si-

no al oído, dejando la boca ampliamente abierta y permitiendo ver la lengua hinchada y ennegrecida. Supongo que ninguno de los presentes carecía de costumbre de contemplar los horrores del lecho de muerte; pero el aspecto del señor Valdemar en aquel momento era tan horroroso que todos retrocedieron y se apartaron de la cama.

Comprendo que he llegado al punto de esta narración en que todo lector ha de sentirse inclinado a la incredulidad positiva. Pero, a pesar de todo, estoy obligado a continuar.

No había ya el menor signo de vitalidad en el señor Valdemar; y creyendo que estaba muerto, íbamos a dejarle entregado a los enfermeros cuando pudimos observar un movimiento vibratorio en la lengua. Duró tal vez un minuto. Pasado el cual, de entre las distendidas e inmóviles mandíbulas, salió una voz... tal que sería en mi locura intentar describirla. Existen en verdad, dos o tres epítetos que, en parte podrían considerarse aplicables a ella; podría decir, por ejemplo, que el sonido era ronco, roto y hueco; pero el espanto total es indescriptible, por la sencilla razón de que tales sonidos no han vibrado nunca en los oídos de los seres humanos. Había, sin embargo, dos peculiaridades que entonces pensé y aun sigo pensando podrían lealmente indicarse como características de la entonación..., como bien adaptadas para dar cierta idea de su peculiaridad ultraterrena. En primer lugar, aquella voz parecía llegar a nuestros oídos, por lo menos a los míos, desde grandísima distancia, o desde alguna profunda caverna dentro de la tierra. Y en segundo lugar, me impresionó (temo en verdad que me resulte imposible hacerme entender) como impresionan al sentido del tacto las materias gelatinosas o aglutinantes.

He hablado de "sonido" y de "voz". Quiero decir que el sonido era distante... casi maravilloso y emocionantemente articulado en sílabas. El señor Valdemar habló... indudablemente en respuesta a la pregunta que le había hecho unos cuantos minutos antes. Recordarán ustedes que le había preguntado si aun dormía. Y dijo:

—Sí... no; he estado durmiendo... Y ahora..., ahora estoy muerto.

Ninguno de los presentes intentó disimular ni reprimir el indecible estremecimiento de horror que aquellas palabras pronunciadas de aquella manera estaban calculadas para producir. El estudiante de medicina se desmayó. El

enfermero y la enfermera salieron inmediatamente de la habitación, y no hubo modo de hacerles volver a ella. No pretendo hacer inteligibles al lector mis propias impresiones. Durante casi una hora nos ocupamos, sin pronunciar palabra, en intentar reanimar al desmayado. Cuando volvió en sí, nos decidimos a investigar de nuevo el estado del señor Valdemar.

Permanecía exactamente igual que antes, con la excepción de que ya el espejo no acusaba evidencia de respiración. Un intento de sacarle sangre del brazo, fracasó. Y debo señalar que el brazo no respondía a mi voluntad. En vano intenté hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real de influencia hipnótica era la vibración de la lengua siempre que dirigía al señor Valdemar una pregunta. Parecía estar haciendo un esfuerzo para responder, pero ya no tenía la suficiente fuerza de voluntad. A las preguntas que le hicieron los demás pareció completamente insensible, aunque intenté poner a cada uno de ellos en relación hipnótica con él. Creo que ya he dicho cuanto es necesario para comprender el estado del durmiente en aquel momento. Hicimos venir a otros enfermeros; y a las diez de la mañana salí de la casa en compañía de los dos médicos y del estudiante de medicina.

Por la tarde, volvimos todos a ver al paciente. Su estado seguía siendo el mismo exactamente. Entonces discutimos sobre si sería correcto y posible despertarle; y no tuvimos gran dificultad en ponernos de acuerdo que ningún buen propósito podría lograrse al hacerlo así. Era evidente, hasta el momento, que la muerte (o lo que acostumbra a llamarse muerte) se había detenido merced al proceso hipnótico, y nos parecía clarísimo a todos que despertando al señor Valdemar no lograríamos otra cosa que su instantánea, o al menos su rapidísima disolución.

Desde aquel momento hasta el fin de la semana pasada —un intervalo de casi siete meses— continuamos haciendo visitas diarias a casa del señor Valdemar, acompañados a veces por amigos, algunos de los cuales eran médicos. Durante este tiempo el durmiente permaneció exactamente igual que estaba cuando le describí por última vez. Los enfermeros le atendían continuamente.

El viernes pasado decidimos, al fin, hacer el experimento de despertarlo, o de intentar despertarlo; y el resultado (acaso) desafortunado de este último

experimento es lo que ha dado lugar a tantas discusiones en círculos privados, y despertado un sentimiento popular que no puedo menos de considerar injustificable.

Para librar al señor Valdemar del trance hipnótico, empleé los pases acostumbrados. Durante algún tiempo, no dieron resultado alguno. La primera indicación de vuelta a la vida la dió un descendimiento parcial del iris. Observamos, como especialmente notable, que este descenso de la pupila fué acompañado por un profuso manar de un líquido amarillento (que salía de abajo de los párpados) de olor punyente y desagradabilísimo.

Alguien sugirió que intentase ejercer mi influencia sobre el brazo del paciente, como lo hiciera de antemano. Lo intenté y fracasé. Entonces, el doctor F... expuso el deseo de que le hiciese una pregunta. Lo hice como sigue:

—Señor Valdemar, ¿puede usted explicarnos lo que siente o desea en este momento?

Los círculos febriles reaparecieron instantáneamente en las mejillas; la lengua tembló, o mejor dicho, empezó a girar violentamente en la boca (aunque madíbulas y labios permanecieron rígidos como antes); y, por fin, la misma voz espantosa que ya he descrito, dijo:

—¡Por amor de Dios!..., ¡pronto!..., ¡vuélvame a dormir!..., ¡Pronto!..., ¡despierteme!..., ¡pronto!..., ¡Ya les he dicho que estoy muerto!

Yo estaba nerviosísimo, y durante un instante no supe qué hacer. Primero, intenté reanimar al paciente, mas, no pudiendo lograrlo por mi falta total de fuerza de voluntad, volví al procedimiento habitual y con toda mi alma procuré despertarle. En tal intento, sentí en seguida que iba a tener éxito, o por lo menos, me figuré que el éxito iba a ser completo... y estoy seguro de que todos los presentes esperaban ver despertarse al durmiente.

Mas es imposible que ningún ser humano pudiese haber estado preparado para lo que en realidad ocurrió.

Mientras yo daba con rapidez los pases hipnóticos, entre exclamaciones de "¡Muerto!", "¡Muerto!", que estallaban saliendo no de los labios, sino de la lengua del paciente, todo su cuerpo, de golpe, en el espacio de un minuto o menos, se encogió, se derrumbó..., absolutamente podrido bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, quedó una masa casi líquida de repugnante, de detestable putrefacción. ♦